

VICISITUDES HISTÓRICAS DEL PROCESO DE INTERCONGREGACIONALIDAD EN LA VIDA RELIGIOSA VENEZOLANA

P. Pedro Trigo

PUNTO DE PARTIDA

El punto de partida hasta los años sesenta del siglo pasado es la autarquía de cada casa. No sólo no se daba la intercongregacionalidad sino que ni siquiera dentro de cada congregación se asumían sus miembros como un solo cuerpo. No negamos que hubiera afecto fraterno, pero esa fraternidad no se expresaba a nivel institucional. Podían darse ayudas puntuales. Pero lo normal es que cada casa vivía desde sí misma. Se supone que existían unas pautas comunes sobre el nivel de vida, pero cada casa las manejaba según el parecer del superior y las posibilidades de la institución.

Hasta el Vaticano II el tenor de vida era fundamentalmente uniforme ya que estaba pautado minuciosamente por la regla. A partir del cese de la clausura y la entrada en el mundo, también fue diversificándose el modo de vivir.

A RAÍZ DEL CONCILIO, TRES DIRECCIONES

Podríamos reseñar tres direcciones:

+ No pocas congregaciones y por tanto casas religiosas se sintieron bastante confundidas por la apertura conciliar porque estaban viviendo con toda intensidad el proyecto pastoral de restauración de la cristiandad, que postulaba que el mundo moderno se había levantado en contra de Dios y que por eso lo que había que hacer más bien era sacar al mayor número posible de personas del mundo, es decir del modo mundano de vivir, de la sensibilidad y mentalidad mundanas. Por eso se servía al mundo desde la perspectiva cristiana y procuraban crear instituciones paralelas a las que existían, contaminadas de laicismo. La vida religiosa, separada del mundo, era el paradigma de ese modo de ser cristiano.

Por eso, creó desconcierto que, para no pocos, de repente, ya que no estaban al tanto de los procesos preconciiliares que dieron el tono al Concilio, se insistiera, por el contrario, en la encarnación en el mundo, desde abajo. Por eso, sin encontrar motivos para dar ese paso, siguieron en lo mismo, con bastante inseguridad y dolor, como si la Iglesia los hubiera abandonado. Como se ve, parecería que ahora esta dirección, lejos de ser la recesiva, es lo que se promueve.

+ Un número significativo de Congregaciones o, más precisamente, de casas situadas en medios profesionales o de clase alta, creyeron que la señal era modernizarse al ritmo del país, aportándole los valores evangélicos. De este modo participaban del proyecto pastoral de nueva cristiandad, una cristiandad secular y no sacral, cuyo sujeto era el laico adulto y comprometido, basada precisamente en el cultivo de los valores cristianos, en los que, no por casualidad, se vuelve a enfatizar hoy en día.

Estas religiosas y religiosos tendieron a vivir como las personas de clase media con las que convivían y a las que servían, aunque, claro está, más sobriamente. Podríamos decir que eran la versión religiosa de lo más progresista de estas clases profesionales. Este nuevo talante de la vida religiosa empezó a ser perceptible ya desde la segunda mitad de los años sesenta y eclosionó en la década siguiente.

+ Finalmente un grupo de Congregaciones y, sobre todo, de individuos inquietos dentro de ellas, se insertó en medios populares a través de pequeñas comunidades o acompañó solidariamente en proyectos de evangelización integral a la gente popular y a los que se

insertaron. Estas religiosas y religiosos se volcaron a vivir la propuesta conciliar desde la recepción latinoamericana de Medellín y posteriormente de Puebla.

Esta vida religiosa procuró vivir como vecinos en barrios y caseríos y desde esa vida compartida se propuso una evangelización liberadora, partiendo de la condición de sujetos adultos que tenían no pocos cristianos populares y de su manera de vivir la fe. Podemos decir que este segmento constituyó lo más vivo y creativo, lo más carismático, de la vida religiosa venezolana en la década de los setenta y de los ochenta.

Pues bien, una observación pormenorizada mostraría, sin duda, que la intercongregacionalidad prendió, sobre todo, en este último modo de vivir la vida religiosa, que fue una vida eminentemente carismática.

INTERCONGREGACIONALIDAD EN EDUCACIÓN Y EN FORMACIÓN

No es que no hubiera manifestaciones en las otras dos maneras de vivirla. Sí las hubo, pero fueron sectoriales. Sobre todo, a dos niveles: el sector de la educación había tomado la delantera década y media antes y fue comandada por religiosas y religiosos modernizados, que aceptaban la sana secularidad, de la que hablaría después el Concilio, y que se proponían inculcar al país, en trace de modernización acelerada, los valores cristianos.

Pero en su fundación la AVEC no era ante todo expresión de intercongregacionalidad sino de defensa corporativa, aunque justa y oportuna, ante la arremetida del Estado docente, que equiparaba lo público y lo político. La educación privada de la Iglesia afirmó con gran vigor, no sólo su derecho a educar sino también la función pública de sus instituciones. Así pues, en la AVEC se dio colaboración institucional y a través de ella se hicieron amistades entre miembros de diversas congregaciones, pero como esas consecuencias, que se vivían a gusto, no eran programáticas, no dieron lugar a nuevos desarrollos, ni siquiera en el propio campo educativo. Ahí seguía rigiendo la máxima liberal (de liberalismo cristiano): “cada uno en su casa y Dios en la de todos”.

El otro campo fue el de la formación. El primer impulso, en el año 1974, vino de la vida religiosa latinoamericana y fue acogido por formadores en la onda de Medellín. Pero convocaron a todos y la respuesta fue masiva. Todas las congregaciones eran conscientes de que la formación tradicional era absolutamente inadecuada para los jóvenes de los nuevos tiempos y estaban dispuestos a abrirse a propuestas y experiencias. Hubo innumerables encuentros entre formadores, muy abiertos y creativos, incluso a veces demasiado radicales y desestabilizadores para bastantes, aunque realmente fraternos, y de ahí salió el CER y posteriormente el ITER.

En el CER la necesidad de encontrar seguridad y la imposibilidad de detener el movimiento llevó a una dirección conservadora (impuesta desde la conferencia episcopal que se reservaba el control de la formación) y a profesores más bien avanzados. En el ITER el proceso se dio en el claustro profesoral, seguido muy de cerca por los obispos y superiores, con grandes tensiones, pero con la determinación de llevar hasta el fin la decantación de contenidos y métodos. Este proceso sí fue absolutamente intercongregacional.

Como no podía ser menos, ese movimiento provocó la crisis de no pocos formadores e incluso congregaciones y ella dio lugar a procesos congregacionales que duraron más de una década y que a veces culminaron en aperturas estructurales y otras en involuciones, buscando seguridad.

La formación fue, en verdad, un crisol de intercongregacionalidad. Lo fue más, en aquellas muchachas y muchachos y, por supuesto, en los formadores y profesores, que se

volvían a encontrar en el seno del pueblo. Porque allí fue, sobre todo, donde floreció y dio fruto colmado.

INTERCONGREGACIONALIDAD EN EL MEDIO POPULAR

El proceso de inserción en el pueblo desde la perspectiva de Medellín y Puebla, en comunión, por tanto, con la Iglesia latinoamericana, se llevó a cabo como una aventura, como una salida de la casa y una ida al mundo de los pobres y creyentes. Éstas no eran dos características pertenecientes a mundos estancos. Al contrario, se sabía que esa pobreza injusta no era querida por Dios, que el Dios del Éxodo, que era el mismo de Jesús, oía el grito de los pobres y bajaba a liberarlos. Esa toma de partido por los oprimidos llegó al colmo cuando el Hijo único de Dios se hizo uno de ellos para enriquecernos con su pobreza. Estas religiosas y religiosos eran conscientes de que tomaban el mismo partido de Dios y de su Hijo Jesús y luchaban contra la opresión; pero, a diferencia de otros luchadores de izquierda, concebían al pueblo como verdadero sujeto, sujeto por ser personas con vivencia personal de Dios y desde ahí, crecientemente, sujetos de sus vidas, y no sólo como destinatarios de su acción. Por eso esta inserción dio lugar a la constitución de comunidades cristianas populares.

Si estas religiosas y religiosos no eran militantes comprometidos con el partido ni promotores de la modernización sino hermanas y hermanos de la gente popular creyente y oprimida, también lo eran de las religiosas y religiosos que compartían ese camino de fidelidad a Dios y a su pueblo, que los superaba a cada uno y a todos, pero que también los llenaba de alegría y les hacía salir de sí y crecer. Había cantidad de encuentros, tanto para tratar de verbalizar el horizonte, como para hacerse cargo de la situación, como para elaborar materiales para procesar cada uno de los aspectos, porque todos tenían que reinventarse para que constituyeran el equivalente de lo que Jesús dijo e hizo en su situación.

En estos encuentros en el seno del pueblo, en los que todo era estrecho y precario, pero en los que desbordaba la determinación de llegar a ser mujeres y varones de Dios y del pueblo y la alegría de andar en ese camino, se fraguó una fraternidad indestructible. Cada quien estaba con lo mejor que tenía, con lo más carismático, que era, pues, lo más vivo de su propuesta congregacional y por eso el resultado era la intercongregacionalidad, en el sentido más carismático. Todos éramos referencia para todos y todos nos sentíamos en una gran familia.

Como había buen espíritu, todo iba fluyendo y a todos nos parecía que el efecto superaba la causa. Era indudablemente la presencia del Espíritu como un exceso que nos agradaba. Porque simultáneamente todos teníamos conciencia de que estábamos naciendo a un mundo estrecho, atravesado de tremendas tensiones y en ebullición constante y a una vivencia de la vida religiosa inédita. Hacíamos todo lo que podíamos y aun más; pero también teníamos la conciencia de ser llevados.

Poco a poco las cosas iban tomando forma: se decantaban e institucionalizaban procesos, se consolidaban equipos, surgían animadores, maduraban las comunidades y las redes de comunidades. Y maduraban también las personas, las comunidades y la fraternidad entre unos y otros.

La intercongregacionalidad se afincaba al irse dando en el seno del pueblo, en el acontecimiento de ser llevados las religiosas y religiosos por esos cristianos populares y llevarlos a ellos, en el llevarse mutuamente y en la apertura a la Iglesia latinoamericana y dentro de ella a la vida religiosa latinoamericana, representada en la CLAR. Muchos materiales latinoamericanos nos alimentaron y se unieron armoniosamente con los que humildemente iban naciendo de nosotros, de nuestra caminata, como decían los brasileros.

La distancia nos da perspectiva para poder apreciar lo mucho y bien que se caminó: con inmensa entrega, con gran capacidad de abrirse a lo nuevo y de transformarse, con predominio neto de la realidad sobre la ideología, con sentido común y buen espíritu para no enrollarse, con un inmenso amor al pueblo, bien concreto, y, por lo que toca a nuestro tema, con una auténtica fraternidad en Cristo en la que se unía el cariño sincero con la madurez humana y, como resultado de todo eso, fecundidad histórica.

SECORVE Y SUS COMISIONES

La CLAR influyó también en las directivas de la vida religiosa femenina y masculina y en el secretariado conjunto. A este nivel de directivas también se dio la intercongregacionalidad y desde él se apoyaron las experiencias que se iban desarrollando. Este apoyo fue decisivo y tenemos que reseñarlo porque no ocurrió así en la mayoría de los países de América Latina. Quisiera mencionar un nombre enormemente significativo por su calidez humana, por su capacidad de cogida y de encuentro, por su gran humanidad y su insobornable fraternidad: el de María Jesús López de Pariza.

No sólo se animó a la vida religiosa en esa dirección a través de muchas iniciativas, como, por ejemplo, las semanas de la vida religiosa. También se crearon comisiones con este mismo espíritu. Queremos explicitar por su enorme significatividad, no sólo en nuestra Iglesia sino en nuestro país y por ser lugares eximios de intercongregacionalidad las de Crimpo (comunidades religiosas insertas en medios populares) y de Justicia y Paz.

LAS TRES CRISIS SIMULTÁNEAS

Pero insensiblemente, aunque a pasos acelerados, sobrevino otro escenario. El cambio se empezó a notar en la segunda mitad de los años ochenta, pero se hizo palpable conforme avanzaban los noventa.

Como un punto previo indispensable para entender lo que pasó, hay que hacer notar que en los años cincuenta (en tiempo de Pérez Giménez) y en la segunda mitad de los setenta (en el primer gobierno de Carlos Andrés) fue cuando más personal vino del exterior, lo que dio lugar a una disponibilidad de gente preparada y con inmensas ganas de hacer algo más allá de lo habitual, más aún, de entregarse al servicio cristiano del pueblo. Ni en los países de origen ni en el nuestro hubo conciencia de que este aluvión era absolutamente excepcional. Y lo era porque tenía que ver con la crisis de la postguerra española y posteriormente europea y estadounidense. Esa crisis provocó la existencia de un “exceso” de fervor religioso y generosidad que la sociedad no tenía canales para emplear. Y se empleó muy fecundamente en esa salida de la propia casa y en la inmersión en barrios donde no había normalidad.

Pues bien, desde fin de los ochenta se sobrepusieron tres crisis simultáneas:

+ La más visible fue la crisis económica. El 79 empieza a caer el poder adquisitivo del pueblo, le 83 empieza a flotar el bolívar, el 89 estalla el caracazo como consecuencia del ajuste neoliberal sin preparación ni compensaciones. La vida religiosa ve menguados sus ingresos y que aumentan los egresos: se están comiendo los ahorros. La reacción es instintiva, promovida por los ecónomos con la anuencia de los superiores: incrementar las entradas y disminuir las salidas. El modo más expedito consistía en cerrar las comunidades deficitarias y subsidiadas, es decir, las comunidades de inserción.

+ Pero es que, además, se presentó, casi de golpe, la crisis de personal. Las personas que vinieron de fuera, las de la primera hornada, se iban poniendo viejas y los relevos escaseaban porque no habían entrado tantas y habían salido bastantes. Se presentó casi de golpe porque la gente que vino resistía y parecía de hierro. Era que el trabajo y la vivencia en ese medio les

daban, en verdad, vida. Por eso, cuando se derrumbaban era porque en verdad el cuerpo no daba más. Si éstas eran las personas que se morían y el relevo era escaso y no todo ni mucho menos estaba ganado para esa causa, lo más sencillo era destinar a instituciones más fuertes. Como además éstas eran las que producían, había una razón suplementaria.

+ La tercera crisis era la de fondo: la pérdida de sentido. Porque parecía haber cambiado el tiempo y en ese tiempo nuevo (en realidad, ahora lo vemos con claridad, una nueva época) el trabajo popular parecía estancado. No el trabajo en sí sino el horizonte del proyecto: la posibilidad de que el pueblo consiguiera cambiar la correlación de fuerzas en la sociedad y que el gobierno lo representara en verdad, ya que el pueblo era la mayoría. Se había impuesto el neoliberalismo, se había hecho saber, como si fuera una verdad oficial incontrastable, que no existía el pueblo sino individuos que competían en la pista de atletismo, cada uno en su carril. Nadie tiene que ayudar a nadie y menos aún el Estado. Desde la perspectiva neoliberal vigente, el trabajo popular aparecía como meramente testimonial, sin posibilidad de éxito. El horizonte individualista hedonista hacía ver como pura pérdida ese tipo de presencia. Este horizonte, introyectado inconscientemente por las nuevas generaciones lleva a no darse tan mala vida, a trabajar, sí y a ayudar, pero también a darse satisfacciones, a vivir su vida; una dirección vital contraria a la que llevó a la inserción.

Pero la pérdida de sentido no afectaba sólo al trabajo popular sino más íntima y radicalmente a la dimensión trascendente y, por tanto, a lo que de carismática tiene la vida religiosa. El cristianismo empezaba a no transmitirse ambientalmente y lo que se transmitía lo contradecía frontalmente.

En las décadas anteriores se había vivido la eclosión histórica de la Iglesia latinoamericana: el cristianismo liberador era un hecho social muy relevante que causaba en unos una enorme simpatía y esperanza y en otros una gran resistencia y hostilidad y una campaña midiática feroz, auspiciada, ahora que se han descertificado los documentos es inocultable, por la CIA.

Pero además en la opinión pública los valores cristianos habían sido hasta entonces valores de cambio, si no, para todos, de uso. Por ejemplo, la justicia estaba bien vista y el injusto tenía que mostrar que no lo era para no perder el prestigio. Casi de repente estos valores se esfumaron y sólo quedaron el individualismo y el éxito.

En estas condiciones o los cristianos y en particular las religiosas y religiosos se proponían muy expresamente un encuentro actual con el Dios de Jesús y con el mismo Jesús de Nazaret, o a la larga sólo subsistiría un buido humanismo, cada vez más cuestionado y por tanto más lighth.

REINSTITUCIONALIZACIÓN CORPORATIVA COMO SALIDA INSTINTIVA

La convergencia de las tres crisis llevó a tramitarlas instintivamente, como reacción de sobrevivencia, y no a discernirlas. Esto fue así porque, aunque era inocultable la objetividad de las crisis, sin embargo, con mucha frecuencia éstas no fueron procesadas conscientemente por los individuos ni las comunidades desde el seguimiento a Jesús con el carisma congregacional, La resistencia a hacerse cargo de que se estaba en estas crisis y a encargarse conscientemente de ellas desde la raíz profesada de la condición de hijas e hijos de Dios y seguidores de Jesús animados por su Espíritu, obedeció a que eran sentidas como una amenaza total y por eso mucha gente no se lo quiso decir a sí misma y reaccionó con un reflejo de defensa.

Al ser instintivo, el procesamiento tomó los cauces de la dirección dominante de esta figura histórica, cuyo modelo institucional es la corporación. Si en el horizonte sólo cuentan individuos e instituciones que compiten por un nicho en el mercado, las instituciones toman la

forma de la corporación. Cada corporación tiene como finalidad exclusiva conservar e incrementar su nicho en el mercado. Para eso no puede poner de relieve lo que le une a las demás sino precisamente lo que la diferencia de ellas, que supone ventajas comparativas respecto de las demás. Esas ventajas son las armas para triunfar en la competencia.

En este imaginario no cabe la intercongregacionalidad. Por el contrario, como el sujeto es la propia congregación, las demás son las potenciales competidoras. A lo más que se puede aspirar es a una competencia leal o, y esto es lo más común, a un desconocimiento práctico, lo que no anula, sin embargo, el hecho objetivo de la competencia; pero nunca da lugar a una colaboración.

La dirección va a la promoción del propio carisma y a la formación de la familia agrupada alrededor del carisma, en la que se incluyen los laicos. No está mal, sino que, por el contrario, es conveniente la diseminación del propio carisma. Lo que sí es anticarismático es degradar el carisma a señas de identidad que se comparten para poder reconocerse en este mundo sin hogar. El carisma es acción, no señas de identidad. Por eso vivir carismáticamente une a los distintos y se puede componer perfectamente con la intercongregacionalidad ya que es un enriquecimiento mutuo; sin embargo, cuando se lo sustituye por las señas de identidad, separa y aísla. Eso es lo que ha sucedido.

No podemos ignorar que muchos religiosos jóvenes se han levantado como miembros de la propia institución, no como miembros de la Iglesia venezolana ni de la vida religiosa de Venezuela. Sus referencias son a documentos y directivas congregacionales y no a lo que se va viviendo en la Iglesia del país. Por ejemplo, del año 2000 al 2005 se ha celebrado un concilio, un acontecimiento realmente trascendente, que no tiene parangón en casi ningún país. Pues bien, la mayoría no vive a partir de esos documentos, que simplemente ignoran porque miran a otro lado, a su congregación; aunque nos cueste reconocerlo, a su corporación.

VOLVER SOBRE SÍ, LLEGAR HASTA LA RAÍZ EVANGÉLICA

Es inocultable este proceso de corporativización. Y la mínima honradez con la realidad nos pide que lo reconozcamos. ¿Qué juicio nos merece? Como se trató, a nuestro modo de ver, de una reacción instintiva ante la convergencia de esas tres crisis, es algo explicable, como una solución de emergencia ante una amenaza sentida como repentina y total. No me escandaliza que haya pasado.

Lo que sí me parece que indicaría que se renuncia a la vida carismática es que la vida religiosa no vuelva sobre ella misma, que no llegue hasta sus raíces evangélicas para discernir lo que le está pidiendo su Señor y hacia dónde la está guiando su Espíritu. Creo que estamos en este momento crucial, decisivo. Si la vida religiosa no responde a la crisis carismáticamente, como un paso adelante, como una salida de sí, como una ida a las fronteras en obediencia al Espíritu, manifestado en necesidades y deseos perentorios de la gente, la vida carismática, inherente a la Iglesia, pasará a otras instancias, no ya a la vida religiosa.

Creo que en parte eso es lo que está pasando. Hoy no se ha acortado el brazo del Señor, hoy hay carisma en nuestra Iglesia y en nuestro mundo. La pregunta es dónde está, quiénes viven así. Hay que responder humildemente que muchos de los que viven así no pertenecen a ninguna congregación. Pero yo creo que aún estamos a tiempo.